

DEMASIADAS GOLOSINAS

Por **ELENA WOOD**

DARLA miraba ansiosamente los estantes llenos de caramelos y golosinas mientras la madre pagaba los comestibles que había comprado y recibía el cambio. “Si tan sólo pudiera tener una vez todas las golosinas que quiero —pensó—, nunca más le volvería a pedir dulces a mamá”. Allí había ante sus ojos hileras de chupetines de colores, bolitas de chocolate y caramelos de limón. ¡Cuánto deseaba meterse en la boca una de esas bolitas de chocolate!



—Darla —la llamó la mamá desde la puerta del negocio—, te estoy esperando.

—Pero, mamá, ¿me compras aunque sea uno?

—No, querida. La cena va a estar lista pronto, y tú sabes que los caramelos no te hacen bien. No quieres tener otro dolor de muelas, ¿no es cierto? Ven ahora. Papá está esperando.

Darla se alejó malhumorada del escaparate de los dulces. ¡Cuando fuera grande iba a comer todos los dulces que quisiera! Estaba bien segura de eso.

—¿Por qué está tan triste mi hijita?—preguntó el papá cuando iban entrando en la carretera.

Darla sabía que no estaba portándose bien, pero cuanto más pensaba en los dulces, más grande era la trompita que se le iba formando con el labio inferior. Se quedó mirando el suelo en silencio.

—Yo sé una cosa que te va a alegrar. Las fresas del Sr. Martínez están maduras, y mañana tu primo Santiago va a comenzar a recoger fresas para él. Me dijo que este año tú puedes ir y ganar dinero. Tendrás que quedarte con Santiago y hacer lo que él te diga, pero por cada cajita que juntes, el Sr. Martínez te pagará cinco centavos. ¿Qué piensas de eso?

—Oh, ¿realmente puedo ir, papá?

De repente ya no se acordó más de los caramelos. Todos los veranos Darla había pedido que se la dejara ir a juntar fresas con su primo; y ahora, al fin podía hacerlo.

A Darla se le ocurrió otra idea. Pronto tendría su propio dinero. ¡Podría comprarse todos los dulces que quisiera!

Cuando la mamá la llamó para el desayuno al día siguiente, de mañana temprano, antes de que saliera el sol, Darla se tiró de la cama porque tenía grandes planes para ese día.

Apenas había terminado de desayunarse cuando llegó Santiago. La mamá le ató el sombrero de ala grande y Darla salió tan apresuradamente que casi se olvidó de la merienda que la mamá le había preparado. Los niños iban caminando, bamboleando las cajas donde llevaban la merienda y charlando alegremente. Pronto llegaron al plantío de frutillas.

A cada niño se le dio una hilera, y se le indicó dónde podía buscar las cajitas y las cestas para llevarlas. Como Darla nunca antes había recogido fresas, el Sr. Martínez pensó que lo mejor sería que fuera en la misma hilera con Santiago.

—Tienes que juntarlas así, Darla —le explicó Santiago cuando comenzaron a juntar—. Ten cuidado de no recoger las que están verdes.

La mañana pasó volando y ya era la hora del almuerzo. El sol estaba allá arriba, y hacía mucho calor. Darla estaba cansada y le dolían las piernas y la espalda. Tenía las manos manchadas de rojo. Pero no

se quejó por temor de que Santiago le hiciera bromas. Se comió el sándwich que la mamá le había preparado y bebió la leche fría que había traído en el termo. ¡Qué rica era!

La tarde transcurrió lentamente. A Darla le parecía que ese día era eterno, pero al fin llegó la hora de volver a la casa. Ella y Santiago se dirigieron al lugar donde el Sr. Martínez pagaba a los trabajadores.

—Por ser la primera vez, hiciste bastante bien, Darla. Esta mañana catorce cajas y esta tarde seis. ¡Mira lo que ganaste! —dijo pasándole un billete nuevecito de un dólar.

¡Un dólar! Darla se preguntaba cuántos dulces podría comprar con ese dinero. Podría comprar caramelos de todas clases, y tantos como quisiera.

—Santiago, voy a descansar un poco, y luego iré a casa —le dijo Darla a su primo cuando vio que éste se preparaba para volver a la casa.

—Muy bien, voy a decir en tu casa que ya vienes.

Tan pronto como Santiago desapareció de la vista, Darla se olvidó del cansancio, y se dirigió apresuradamente al almacén. “Ahora puedo comprarme todos los dulces que quiero”, se dijo.

Cuando Darla entró en el negocio, el Sr. González levantó la vista del diario que estaba leyendo.

—Hola, Darla. ¿En qué puedo servirte?

- Darla le mostró el dólar y le fue señalando cada una de las clases de golosinas que deseaba.

—Quiero algunos de esos caramelos de leche, algunas melcochas, algunos caramelos de orozuz, algunos chokolatines y también chupetines.

El Sr. González la miró un poco extrañado como si no hubiera oído bien. Entonces, con una sonrisita enigmática, le puso las golosinas en una bolsita, y le dio el cambio. Ella se fue, apretando la bolsita de golosinas con sus manos manchadas de fresa.

Darla sabía que si comía las golosinas en la casa la castigarían, de modo que se sentó debajo de un árbol que había junto al camino, y abrió su bolsita. ¡Qué rico olía todo aquello! Comió un dulce, dos, tres, y luego más y más. Ahora ya no le parecían tan ricos como al principio. Empezó a pensar qué le diría a los padres con respecto al dinero, cuando llegara a la casa. No se le había ocurrido pensar en eso.

Se comió otro, y otro, pero todavía le quedaban. Comenzó a tener una sensación rara en el estómago, y la espalda y las piernas le dolían más que nunca. Dejó el resto de los caramelos junto al árbol y salió para la casa.

El papá le abrió la puerta.

—¿Como está mi juntadora de fresas? Vamos a ver cuánto ganaste.

Darla miró al suelo.

—¿Qué pasa, Darla? —preguntó el papá.

De repente Darla se echó a llorar, y las lágrimas que le caían en los brazos sucios le hacían surquitos al rodar.

—Oh, papá —sollozó—. Nunca más quiero comer un caramelo en toda mi vida. Siento tanto que gasté el dinero. Nunca más lo voy a hacer.

¡Cuanto le dolió el estómago esa noche! Se sintió muy mal. Pero agradeció a Jesús porque tenía

padres que sabían qué era lo que más le convenía.